

# La otra biografía de Emilia



Olga Diaque

Primera edición, Editorial Ágata, enero de 2018.

Viñeta interior: Patricia García.

Formación, diagramación y diseño  
de interiores y portada: Entre Páginas Editorial.

D.R. © Olga Diaque

ISBN 978-607-8107-34-6

Impreso y hecho en México.  
*Printed and made in Mexico*

Todos los derechos reservados. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito de la autora.

*A José Manuel.*

# Índice

I. URDIMBRE .....	13
1. Nuevos vecinos en la colonia francesa.....	15
2. Los duraznos de la esquina.....	17
3. Para la otra vez que sueñe.....	19
4. Aquellos viernes por la tarde.....	21
5. Don Sebas .....	24
6. Las píldoras <i>Bustillos</i> .....	31
7. Existencia real .....	36
8. En el martillo.....	38
9. La vida suele ser perra.....	48
10. El fin del mundo .....	50
11. La muerte del abuelo .....	52
12. La princesa de hielo y el mamarracho .....	56

13. El pecado.....	57
14. Primer beso .....	60
15. El llamado .....	66
16. Evocando al abuelo.....	68
17. El regreso de los hermanos.....	71
18. Añoranza de la casa vecina.....	73
19. El final de los ensueños .....	79
20. Trazando rutas .....	87
21. El parapeto de la princesa de hielo .....	90
22. El legado del abuelo.....	97
23. Tintes y tinturas .....	102
24. Largando el lastre.....	104
25. Soltando las amarras .....	116
II. EL LIENZO .....	123
1. Florencia: tierra firme .....	125
2. ¡Rápido, el pincel! .....	131
3. Olores ajenos.....	140
4. Wadí Kanawaty.....	147
5. Montando puntadas.....	158

6. Urdimbre con canillas inadecuadas.....	173
7. Medias puntadas.....	177
8. Petit point oblicuo.....	179
9. Fisura en las tramas.....	193
10. Petatillo.....	203
11. Nudo ghiordiano.....	204
12. Nudos y más composturas.....	212
13. Capullos devanados.....	218
14. Factorías de antaño.....	222
15. Puntadas en cadena.....	236
16. Medio punto.....	241
17. Cian, magenta y amarillo.....	243
18. ¿Tú, tornarás?.....	244
19. Nudo macho.....	246
20. Punto lanzado.....	251
21. Levantando puntadas.....	254
22. Puntada de moño.....	259
23. Zig-zag.....	260
Sobre la Autora.....	269

## I URDIMBRE

*¡Es verdad, es verdad, hablo de sueños  
que son los hijos de una mente ociosa,  
concebidos por vana fantasía,  
sustancia tan delgada como el aire...!*

*Romeo y Julieta*  
WILLIAM SHAKESPEARE

## 1. VECINOS NUEVOS EN LA COLONIA FRANCESA

**M**i niñez y parte de mi juventud las pasé en un colegio ultra católico. Una de las clases, considerada como importante para la formación de las jóvenes cristianas, era la de religión. En ella la Historia Sagrada tomaba una relevancia muy notoria. Se consideraban como clases de Historia Universal, pero haciendo hincapié en la presencia de Dios en la vida de los personajes, así como en la moral de los protagonistas. Para mí, lo principal era la imagen de estos mismos; si despertaban algún sentimiento, si me parecían atractivos como héroes o sólo eran actores movidos por las circunstancias. Uno de mis favoritos en ese tiempo fue Sansón.

Vivíamos en la calle La paz. En aquella época Guadalajara estaba muy bien delineada, tanto en sus fraccionamientos como en los lugares donde frecuentaban los niños y jóvenes, y donde los mayores se explayaban. La juventud respetaba a los mayores sin ningún condicionamiento. Así fueron esos tiempos cuando yo era niña.



Yo tenía nueve años cuando conocí a un chico de trece que llevaba poco tiempo de haberse mudado cerca de nuestra casa. Venía de la Ciudad de México y eso lo hacía interesante. En ese tiempo Guadalajara era muy provinciana y vivir en el DF era algo digno de tomarse en cuenta.

Seis meses antes vimos cómo se remodelaba la casa, podría decirse que fue reconstruida casi por completo. Se habían ampliado las ventanas, se puso una piscina, se subió la barda de la calle. En ese entonces todas las casas tenían los muros bajos con una reja que dejaba mirar al interior de los jardines, así como la terraza que miraba a la calle. Poseían un patio interior con piletas de agua para regar los jardines, y en el verano los niños de la casa acostumbraban a chapotear en ella. Sólo la gente muy pudiente tenía piscina. De ahí supusimos que los nuevos vecinos serían de clase acomodada. Todos hablaban de cómo serían los nuevos inquilinos que habitarían esa lujosa casa.

En ese tiempo a esta sección de la ciudad se le llamaba La Colonia Francesa. Quedaban cerca La Alianza Francesa, el colegio Franco Mexicano y el Casino Francés. Por ser un lugar tranquilo y con buena ubicación, residían ahí varias familias francesas y algunas de la colonia judía. La colonia también poseía, sin la intención de sonar elitista, la fama de un vecindario compuesto por gente acomodada.

Fue un verano, cuando lo descubrí ayudando a los de la mudanza a transportar bultos de gran tamaño del camión hasta la casa. Me parecía extrañísimo que un niño se ocupara de otra cosa que no fuera jugar, pues en eso es en lo que mis hermanos dedicaban su tiempo, no ayudaban a acomodar ni su propia ropa, sólo se

divertían y armaban camorra entre ellos. Yo era la única mujer entre tres hermanos, dos más grandes que yo: Fernando y Pedro, que eran gemelos; y Javier, tres años menor que yo. El vecino, por el contrario, era el único hombre entre dos niñas casi de mi edad.

En esas fechas yo había enfermado de tifoidea, no podía hacer nada más que pasarme las horas acostada en la cama. De leer, ni hablar. Me dolían los ojos por fijar mucho la vista y la televisión aún no llegaba a Guadalajara. Papá me prestó unos binoculares y desde mi cuarto me entretenía ventaneando a los vecinos.

En un principio lo confundí con un trabajador, pues usaba pantalones de mezclilla, cosa no muy común en ese tiempo. Se consideraban ropa de faena, no propios de usar para la gente “bien”, pero al oírlo hablar con la señora de la casa, me di cuenta que pertenecía a la familia. Yo lo apodé Sansón, por su fuerza física. Me pareció guapo. El pelo negro rizado, muy ensortijado, disimulaba su largor. Siendo alto, un poco desgarbado y como vestía con descuido, me pareció un tanto vasto. Únicamente cuando le celebraron su Bar-Mitzvá, un mes después, lucía bien vestido y el pelo arreglado, entonces me di cuenta de su buen porte. En aquel momento pensé que celebraban su fiesta de cumpleaños.

## 2. LOS DURAZNOS DE LA ESQUINA

En la contra esquina de nuestra casa vivía una señora de religión judía, Rosa Liberman. Su casa tenía un jardín muy grande, lleno de árboles frutales, en donde a mis hermanos y a mí nos gustaba

robar la fruta. Lo cuidaba un jardinero no muy viejo pero lerdo, al cual hacíamos enojar cuando rapábamos los frutales.

Un día Javier mi hermano y yo nos saltamos la verja de la casa, nos subimos a un durazno y cínicamente nos comimos la fruta, después aventamos los huesos al tronco del árbol más alejado, mirando quién le daba al blanco más distante. La dueña de la casa nos miraba desde su terraza —debía de tener suficiente tiempo de haber reparado de nosotros—, pero sólo hasta que la tuvimos debajo, nos dimos cuenta de su presencia.

—¡Abajo, los dos! —Nos dijo en un tono que no admitía réplica. La pronunciación de las palabras era diferente, parecía extranjera.

Nos quedamos estáticos, no podíamos movernos por el miedo. Sabíamos que pertenecía a la religión judía, cosa que nos daba mucho miedo. En el colegio se decía que los judíos habían matado al hijo de Dios y odiaban a todo lo que se relacionara con nuestra religión. Era una señora imponente, su pelo blanco lo peinaba con un chongo muy estirado, sus ojos ojerosos y sombreados le daban a su mirada un aspecto duro, las cejas tupidas y negras contrastaban con su cabello nevado. La mirábamos diferente a las ancianas de nuestra familia de modales suaves y comedidos, no conocíamos abuelas fuertes de personalidad y carácter.

—¡En este momento!—, dijo más rabiosa.

Nos bajamos de un brinco tratando de borrar los rastros de los duraznos en manos y cara.

—¿No sería mejor que pidieran permiso y con educación pusieran la basura en su lugar?

De seguro debió vernos aterrorizados, pues nos imaginábamos presos en la cárcel después de que llamara a la policía. O peor aún, nos martirizaría por ser católicos.

—Pasen a la casa, se limpian la cara por favor y en seguida tomen una cubeta para que pongan los huesos en el basurero—, nos dijo con una voz más amable, pero el pavor no se nos quitó. La seguimos en silencio hasta la cocina. La casa sostenía muebles pesados de colores oscuros que podrían haber lucido cargados en las estancias, pero la luz que entraba por las ventanas abiertas los dejaba ver sobrios y elegantes. La cocina estaba impecable, de mosaicos blancos del piso al techo, semejaba más bien un consultorio frío. Sólo las cortinas floreadas en colores vivos le quitaban un poco lo adusto al lugar. No olía a cocina, el aroma de unas flores de jazmín inundaba el lugar. Yo no sabía que en las cocinas se pusieran flores, las tenían en una gran mesa también blanca que se encontraba en el centro. De todo esto no me di cuenta sino mucho después.

—¿Quieren un pedazo de pay de durazno? Está recién hecho y sabe muy bueno.

Después de la reprimenda no pudimos decir más que un “No, gracias” bastante tímido. Salimos con la cubeta, recogimos los huesos de durazno, los pusimos en la basura y nos apresuramos a salir de la casa, cabizbajos y con temor de lo que nos pudiera hacer. No osamos volver a entrar a su casa.

### 3. PARA LA OTRA VEZ QUE SUEÑE

Me deleitaba pasarme las horas esperando a que Simón saliera al jardín de su casa. Le gustaba hacer gimnasia, yo me embobaba viéndolo hacer pesas y giros en la barra fija. Más aún, cuando arreciaba

el calor y se quitaba la camiseta interior, mi admiración rayaba en endiosamiento ingenuo. No era usual en aquella época hacer ejercicios de ese tipo, por lo general los muchachos jugaban deportes como el futbol o el básquet, lo cual les daba una complexión poco musculosa, más bien delgada, a lo sumo un cuerpo bien proporcionado; otros permanecían gorditos y fofos. También nadaba en la piscina. Parecía muy fría, aún no existían los filtros y menos la calefacción. Se lavaba y se cambiaba el agua cada semana, si no se hacía verde.

Divagaba, me lo imaginaba salvándome de diferentes contingencias y situaciones peligrosas. Los días de ocio que siguieron a mi enfermedad ayudaron a llenar mi cabeza con cuentos en los que yo era la protagonista y Simón mi héroe. Fantaseaba que vivíamos en el tiempo Bíblico en el que Sansón era un muchacho de la misma edad que Simón, pero, a diferencia de la vida real, él sí me conocía y compartía diferentes actividades conmigo. Yo ayudaba a mi mamá en las faenas de la casa, pero algunas veces acompañaba a mis hermanos a pastorear a las ovejas de mi familia.

Soñaba con él. Todo parecía tan cierto... Estaban mis hermanos con el ganado y yo me encontraba cerca. Ellos no me veían, por lo tanto no se daban cuenta que yo caía por un barranco tratando de rescatar un borreguito que se acercó demasiado al desfiladero. Lo salvé, pero mi sandalia quedó atorada en una raíz y yo rodaba hasta el fondo. Por más que gritaba nadie me escuchaba. La noche caía con los ruidos de los animales, el frío y el hambre. Creía que en verdad iba a morir. Rezaba a Dios para que alguien se hubiera dado cuenta de que no estaba con mis hermanos y fuera a buscarme, pero como salí de casa sin el permiso de mamá, pensaba que Dios

quería castigarme dejándome morir congelada o devorada por animales salvajes. Cuando me daba por vencida oía que alguien gritaba mi nombre, sabía entonces que era Sansón (Simón). Tristemente, antes de que él llegara, despertaba con mis propios gritos.

“Para la otra vez que sueñe, no voy a gritar para poder verlo de cerca”.

#### 4. AQUELLOS VIERNES POR LA TARDE

Quince días después de la fiesta de cumpleaños, el jardinero de doña Rosa llevó una canasta llena de higos y duraznos a mi casa. Le dijo a Javier mi hermano:

—Mandó preguntar mi patrona, la señora Liberman, que si la niña querría venir a su casa a hornear un pay de higos después de ir a la escuela.

—¿Emilia, mi hermana?—, preguntó Javier.

—Sí, la niña Emilia. Le pregunta a la mamá de usted que si está bien que vaya con mi patrona, y que no se apure, me dijo que no la entretendrá mucho.

Javier me lo dijo aparte para que no oyera mi familia, pues no les gustaba la amistad con personas de otra religión. Yo no me animé sino hasta un día que la vi en su terraza, me armé de valor y le devolví su canasta, con granadas de nuestro jardín y dándole las gracias por haberme invitado.

—Me gustaría más, si me enseña a hacer el pay de durazno; si no le importa—. Le dije con la cabeza baja y las manos metidas en

el delantal de cuadritos que me ponía para no ensuciar mi vestido. Ella ya no usaba el negro como el otro día, ahora llevaba uno blanco con rayas azul marino.

—Levanta tu cara, déjame mirarte. Ahora luces muy linda con la cara y vestido limpios y bien peinada. Puedes venir los viernes después de que salgas de tu escuela, es cuando cocino postres para el fin de semana.

Llegando del colegio me quitaba el uniforme y me ponía un vestido del diario. La muchacha de la recámara rehacía mis trenzas, pues en las tardes mi pelo lucía como espantapájaros. Con la cara lavada y recién peinada no era fea.

—El sábado es más fácil para mí, ¿no puede el sábado?

—Los sábados es como el domingo de ustedes, no trabajamos para nada.

—Entonces el viernes a las cinco y media, si le parece bien—.

Me cayó bien desde entonces esa señora, de mirada dura y dulce al mismo tiempo.

Empezamos a reunirnos casi todos los viernes por las tardes, no sólo a cocinar, sino también a cuidar de sus plantas. Aprendí mucho de jardinería. Eran muchas las costumbres muy raras y diferentes a las nuestras, pero no me animaba a preguntarle nada acerca de eso. Un día me pidió que pusiera a hervir agua para hacer té. Me explicó exactamente cuál vasija tenía que tomar y en qué parte de la alacena se encontraba. A mí me gustó una más chica y la tomé para ese fin. No lo hubiera hecho, pues me la arrebató, tiró el agua en el fregadero y me dijo muy seria:

—Esta es para guisar carne, todas las ollas de este cajón son para la carne, estas otras para los lácteos y las de hervir agua son las que te dije, las del lado derecho.

En mi casa no había ninguna diferencia para cocinar en cualquier utensilio, todas sirven para todo, únicamente los sartenes poseían el uso exclusivo de freír. Me pareció una necedad y creí que sólo eran ocurrencias de una anciana. Otra cosa que me parecía extraña, era que le hablara a un retrato de un señor más viejo que ella; imaginé que sería su esposo y le pregunté que si era su marido muerto, dijo que no, que su esposo vivía en México. La foto era de su papá que había fallecido hacía poco tiempo. “¡Qué raro!, mis abuelos viven en la misma casa”. No pregunté nada más.

En la ceremonia del Bar-Mitzvá estaba doña Rosa. Creí que era sólo una invitada más. Le comenté que la había visto en la fiesta de Simón y ella me dijo que era su nieto más grande. Explicó que los niños judíos celebran el Bar-Mitzba a la edad de trece años. Se trata de una ceremonia individual en la que el joven lee la Torá en la sinagoga, tiene una gran fiesta y recibe muchos regalos.

Yo seguí teniendo amistad con la señora Liberman, pero a sus nietos sólo los veía de lejos.

Después de dos años, Simón empezó a ir al mismo colegio que mis hermanos. El Colegio Cervantes, era de los hermanos Maristas y estaba incorporado a la Secretaría de Educación pública, lo que le facilitaría asistir a cualquier universidad; pues en el Colegio Israelita, donde estaba anteriormente, no le sería posible inscribirse a ninguna carrera aprobada por el gobierno. Ya entonces mis papás habían tratado a la familia de Simón y sabían que no existía ningún riesgo al convivir con ellos. Es más, les pareció agradable ser amigos, no íntimos, pero sí de considerar su amistad. La primaria del Cervantes estaba en Lafayette, y la calle Colonias, les quedaba cerca de la casa



y se iban caminando. Pero la secundaria y preparatoria estaban en la colonia Ladrón de Guevara en la calle Costa Rica: muy retirado de nuestra casa. Papá los llevaba a todos por las mañanas antes de ir al trabajo, lo mismo que a mí. Yo me sentaba adelante con él; y Simón, atrás, con mis hermanos. No me animaba a iniciar ninguna conversación que lo pudiera incluir a él, o al menos algo que le pudiera interesar. Me consideraban una niña, y para estos varones, un personaje nada atractivo para tomarse en cuenta. De cualquier forma me daba mucha pena, y con sólo subirse él al coche, mi cara se ponía como jitomate. Por consiguiente, agachaba mi cabeza para que mis hermanos no se dieran cuenta; de lo contrario, sabía que sería su burla en cada oportunidad que tuvieran.

La mamá de Simón los regresaba a las dos de la tarde. Tenían horario corrido, yo seguía entrando a las ocho de la mañana y salía hasta las cinco. Mi mamá no manejaba, por lo que a mí me dejaban a las siete y media y me regresaba caminando, acompañada de muchas de mis compañeras.

## 5. DON SEBAS

Los domingos en las mañanas, se nadaba en la alberca de los vecinos. Mis hermanos Fernando y Pedro eran invitados por Simón; y las hermanas de éste sólo convocaban a sus compañeras de colegio. Todos se divertían en la piscina, menos yo, que me limitaba a espiarlos con discreción, pues esta nueva actividad había hecho que la vigilancia sobre mí, fuera distanciada y menos evidente.

A diferencia de Pedro, que no me tomaba en cuenta, Fernando parecía fijarse en cualquier detalle de mi vida. Una vez me cachó mirando por la ventana y prometió acusarme con mi papá por espiar a los vecinos. Por otro lado, me sentía muy sola desde que Javier comenzó a verme como una mujer y no como su compañera de juegos. Se le figuraba que juntándose con una niña se denigraba y sería menos macho.

Sentía mi habitación oscura, con todo y que mi mamá había decidido pintarla de colores claros. Lucía exageradamente cursi, yo habría preferido un color gris o un simple blanco. La cama individual estaba cubierta con una colcha llena de holanes con estampado de flores rosas, que le daban un aspecto dulzón y acaramelado; nada acorde a mí personalidad, un poco sombría. La tristeza cada vez era más grande al no poder mirar por la ventana: Fernando prometió una buena tunda si me entrometía de nuevo. Bajé la persiana y corrí también las cortinas, me acosté entonces en mi cama. Fue un domingo negro y apesadumbrado, nadie me quería, no cabía en ningún lado. Después de llorar un rato dormí hasta tarde. Empecé a soñar...

Como *Alicia en el país de las maravillas*, sentí caer y caer, cada vez con más velocidad. Toda la gente me veía, después giraba a otro lado como si sólo fuera una hoja de árbol que el viento mueve a su antojo. Mi cuerpo se deslizó hacia donde estaba mi familia, los vecinos venían; dije para mis adentros “Ahora sí me va a salvar Simón”, pero él no apareció. Transitaba entre muchas puertas y ventanas cerradas, cuando intentaba sujetar alguna perilla de esas tantas puertas desaparecían al instante. Poco a poco me iba encogiendo y todo lo de alrededor era más grande. De pronto vi

la sonrisa del gato de Alicia, luego comenzó a formarse todo el cuerpo, luego su rostro que no era el de un gato, sino el de Simón. Le grité, pero no me salió la voz.

Me desperté con dolor de cabeza y estómago. Me había bajado la regla, por primera vez. Apanicada corrí al cuarto de mis papás, sin recordar que estaban en el club, los domingos comían ahí y se quedaban toda la tarde. Yo no fui, porque hubiera tenido que comer sola en el área de los chicos: únicamente los adultos podían pasar al comedor, los niños y jóvenes comíamos junto al restaurante de la alberca. Gracias a Dios que sabía lo que nos pasaba a las mujeres cuando dejábamos de ser niñas, me lo había dicho una de mis compañeras del colegio. Estábamos sentadas en una banca en uno de los recesos de clases. No era usual que nos permitieran sentarnos en los recreos, pero yo me había torcido el tobillo y ella tenía dolor de estómago.

—¿Comiste algo que te hizo daño? —le pregunté.

—No, es un dolor común y corriente: es un *cólico* —me dijo acentuando la voz en la palabra cólico—. ¿Sabes lo que nos pasa a las mujeres cada mes? —me preguntó dándose importancia—. Con seguridad que no —se respondió sola—. Es más, con toda certeza, no sabes nada de nada de las cosas de “inocencia” —siguió hablando. Yo, la miraba con sorpresa. No sabía a dónde quería llegar.

Las religiosas que vigilaban el recreo se daban sus vueltas para enterarse si la conversación que teníamos era adecuada, pero por más que aguzaban el oído, los gritos de cien alumnas gritando al unísono les impedían poder descifrar lo que hablábamos.

—¡Claro que sé! Los papás son el Niño Dios —le respondí—. Tenía once años, pero me trataban como si fuera de seis, a eso se debía mi ignorancia absoluta.

—Pero no sabes lo de la regla, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—No, ¿cuál regla?

—Lo que nos llega todos los meses a las mujeres, mientras no estemos embarazadas.

—¿De qué nos tenemos que embarazar?

—Que estemos esperando un hijo, tontita. Ya me lo imaginaba, eres todavía una cría—. Lo dijo mientras arreglaba su cola de caballo y después acomodaba los pliegues del uniforme en sus piernas.

Casi en secreto terminó dándome todos los detalles, la miré azorada. No imaginé que me faltara tan poco tiempo.

Si ella no me lo hubiera contado, mi pavor sería aún peor; pues no estaba nadie en mi casa, las muchachas del servicio habían salido temprano. De saber lo que pasaría, me habría cuidado de no quedarme sola.

Como boba empecé a mirar el cuarto de mis papás, buscando algo, sin ver en realidad nada. Quería seguir llorando como antes de dormirme, pero era más urgente buscar algo que ponerme. Llegué al baño y encontré algodón, no sabía de la existencia de los kótex. Quería volver a echarme en la cama, pero sabía que no deseaba quedarme en la casa. Me sentía rara, como si fuera dos personas al mismo tiempo. La idea de crecer me disgustaba, era más cómodo vivir sin tener responsabilidades, sólo divertirse. Me daban envidia mis hermanos, ellos no sufrirían por la regla, ni por tener hijos que cuidar. Por otro lado, era interesante no ser ya una niña. Tendrían que dejarme salir más seguido con mis amigas, dormir en sus casas, ir con ellas a las fiestas y todo lo demás que las grandes podían hacer.

Aunque no hacía frío —estábamos en abril—, se me antojó ponerme un suéter. Busqué uno delgado y salí a la calle. Llegué a

la casa de la señora Liberman, su jardinero estaba sentado en una banca del jardín arreglando muy concentrado su escoba de popotes.

—¡Oiga, don Chuy! ¿Está la señora?

—No, niña. Salió a la Ciudad de México. No vuelve, sino hasta el viernes que entra.

Todo estaba en mi contra, nadie a quién contarle cómo me sentía. Seguí caminando hasta Lafayette y me senté en una de las bancas en dónde daba un poco de sol y sombra al mismo tiempo. En los camellones había niños pequeños jugando con sus triciclos, mientras, las mamás platicaban. En mi banca sólo estaba yo. Miré a todos lo que pasaban, parejas de novios regresando de la misa oficiada en la iglesia de La Paz, iban a la nevería Gema, ubicada a una cuadra de ahí. Unos viejitos sentados en la banca de enfrente dejaban que los rayos del sol calentaran sus piernas. Unas niñas reunían flores de jacarandas y hacían coronitas ensartándolas en ramas pequeñas. Todos, menos yo, tenían con quien estar.

Con la cabeza agachada, casi a punto de llorar de nuevo, se acercó un limosnero que nos encontrábamos casi siempre a la salida del colegio: don Sebas. Era diferente a los demás pordioseros que deambulaban por las calles. Se veía pobre, pero arregladito. Su ropa estaba toda remendada con telas de diferentes géneros y colores, cosidos con puntadas pequeñas hechas con esmero y cuidado. Los zapatos también muy recosidos con suelas de cartón. Su cabeza se la rasuraba con navajas Gillette que nos pedía de vez en cuando, decía que nuestros papás las tiraban casi nuevas y él las necesitaba para “darse punta”, así era su forma pintoresca de hablar. En su cara miles de arrugas profundas la surcaban como una tierra reseca y cuarteada; las más profundas eran las de la boca, pues siempre sonreía.

—¡Mire la niña!, ¿qué hace tan solita el domingo? —me preguntó sin acercarse mucho, con voz suave.

—Nada, es que no hay nadie en mi casa y me dieron ganas de salir—. Me llegó un fuerte olor a humedad y humo de carbón de su persona, no olía a suciedad ni a mugre.

Sin decir nada más, se sentó en el suelo arreglando como asiento una multitud de trapos remendados que siempre traía consigo.

—¡Siéntese aquí!—, le dije moviéndome un poco.

—Gracias, pero aquí es mi lugar—. Respondió mientras acomodaba las piernas en posición de flor de loto.

No había recaído en lo pequeño que era, no alcanzaría a medir ni metro y medio, y como estaba más arriba que él, su estatura disminuía aún más. Su piel tenía el color de una olla de cobre percutida por el hollín y la lumbre. Empezó a buscar algo en su infinidad de bolsas que siempre cargaba. Sacó un boleto de camión de papel de china azul desteñido, casi blanco, se lo acercó a los labios y sopló suavemente emitiendo un silbido claro y tenue del que empezó a salir la tonada de “Soy un pobre venadito que habita en la serranías”.

En lugar de alegrarme, me hizo soltar el llanto. Era una canción triste.

—Pero niñita, si esto es para componerla no para hacerla llorar, ¡pus qué pues!—, dijo el pobre con la cara compungida—. ¡Anímesel!, nada puede ser tan malo como pa’ llorar en el día del Señor.

—Estoy sola y muy triste, nadie quiere estar conmigo.

—¿Quién es nadie?

—Nadie—, dije sin referirme a ninguna persona, porque sólo quería estar triste y llorar. “¿Para qué salí de mi casa?”.

—Mire, aquí traigo un “agrito” que me dieron a la salida de misa de una. No le va a agriar, sino a endulzarla—. Dijo, acercando un caramelo transparente envuelto en papel de celofán.

Me daba pena quitarle algo al pobre hombre, así que dudé en tomarlo.

—No tenga miramientos, está limpio.

—Sí, ya sé. Lo que pasa es que ya es hora de comer y no me dejan probar dulces antes de la comida.

—Si es así, lo guardamos pa’lora que arrecie el hambre—. Lo puso de nuevo en su morral. Entonces, con una moneda de níquel de diez centavos a modo de reloj, se la puso en la muñeca y mirando al cielo azul, dijo:

—Es cierto, son casi las dos de la tarde, la irán de estar esperando pa’ comer en su casa.

Empezó a recoger sus triques, y antes de que le diera las gracias, caminó hacia el monumento de Los Niños Héroeos.

Después de ver el optimismo y la alegría del viejito, me dio pena por mis lágrimas necias y me fui a casa con mejor humor. Sentí que el sol calentaba y los colores del día eran brillantes y llenos de vida.

En casa habían dejado la mesa puesta con mi lugar y el de Javier listos, pero él se había largado con unos amigos. Serví un vaso con agua de horchata que saqué del refrigerador y decidí comer una torta de jamón con queso. Después fui a dormir una siesta sin molestarme en vigilar por la ventana. Los gritos y el sonido del agua en la alberca me dejaron impávida. Pensé: “bola de escuincles desocupados, lo único que saben hacer es ruido”.

Antes de que mi familia regresara de sus entretenimientos, me metí en el cuarto de Fernando para sacar unos *Long Play* que no

me prestaba nunca. Los puse en la consola de la sala y escuché *rock and roll*, canciones de Elvis Presley a todo volumen.

Mis papás llegaron hasta las seis de la tarde. Al oír el coche entrar a la cochera, apagué la música y fui a mi cuarto a pretender leer un libro. Ese domingo pasó a ser un día memorable y no tan triste.

## 6. LAS PÍLDORAS *BUSTILLOS*

Dejé unos meses de espiar a Simón, me sentía demasiado adulta para esas niñerías. Desatendiendo la ventana dediqué el tiempo a vigilar mi desenvolvimiento físico, que según sabía, cambiaría con rapidez después de la venida de la regla. Todos los días lo vigilaba esperando ver el incremento de mi pecho, así como las curvas inexistentes en las caderas o mis piernas flacas. Era tiempo perdido, nada parecía cambiar en mí. Una de mis compañeras de clase me dijo de unas píldoras milagrosas que hacían crecer las glándulas mamarias: *Las píldoras Bustillos*. Estaba comprobado que eran muy efectivas.

—Lo leí en una revista, son magníficas, una amiga de mi prima Dolores las está tomando y ya usa copa C—, dijo Susana muy enterada.

El domingo siguiente no fui al cine. Guardé mi dinero, igualmente pedí de cumpleaños dinero. Lo invertí para comprar las pastillas, también un aparato para hacer ejercicio, eran dos corazones de plástico rojos unidos con un resorte de alambre. Se presionaba con ambas manos haciendo fuerza con el pecho. Todos los días hacía mis repeticiones en cada oportunidad que se presentaba.



Acabé con los pectorales y los brazos adoloridos, con el estómago revuelto por causa de las píldoras y sin resultado ninguno.

A mi alrededor todos parecían ser mayores, menos yo. Las hermanas de Simón ya usaban medias de nailon, se ponían faldas rectas y yo, seguía con mis vestidos plisados, con moño atrás, mangas abombadas y delantales de cuadritos. Ellas sólo me llevaban uno o dos años de diferencia, pero parecía como si fueran casi cinco.

Mi delirio de llegar a gustarle a Simón se hacía cada día más lejano e improbable. Lo mismo pasó con la independencia que imaginé obtener a cambio de mi recién nacida “mayoría de edad”. La vigilancia de mi mamá se tornó más estricta y severa, no podía salir sola a ninguna parte, corretear por las calles o ir a patinar por los camellones de Lafayette, todo esto me estaba prohibido. La tiendita de abarrotes donde compraba dulces era terreno vedado por ser atendido por los jóvenes hijos de la dueña. Debía acompañarme alguna de las muchachas del servicio, pero siempre estaban ocupadas, o pasar por los chantajes de Javier, al que le tenía que dar casi la mitad de mi domingo con la condición de que me acompañara a cualquiera de estos paseos.

Fue entonces cuando descubrí la biblioteca de mi papá. Antes sólo leía libros comprados especialmente para mí, ahora el mundo de la literatura parecía inacabable. Se me reveló un cúmulo de conocimientos de los que nunca había oído hablar: *Las mil y una noches*, me llenaron de deseos nunca pensados; los libros de Alejandro Dumas, de críticas a la Iglesia; las diferentes biografías de personajes históricos, de los cuales únicamente sabía que fueron reyes sin tacha alguna y con alto poder sobre sus países, ahora formaban un grupo

de hombres llenos de pecado y maldad; y mujeres ejemplares, sacaron a relucir una lista larga de amantes.

No creció mi cuerpo, pero sí mi imaginación de lo que podía ser la vida.

El siguiente mes después de la llegada de mi regla, fui como de costumbre el viernes, a casa de la señora Rosa; hicimos un pan de levadura delicioso. Estando en la cocina tomando el té y comiendo el pan con mermelada de durazno, hecha también por ella, le conté que la había buscado el fin de semana anterior, le platicué que me había bajado la regla y toda la desazón que sentí al estar sola en mi casa. Ella me contó que le pasó lo mismo, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando empezaron las persecuciones a los judíos. Ella estaba en casa de una familia católica que la había hospedado, tenía diez años y sus papás estaban en otra casa lejos de ahí.

—¡Imagínate nada más el miedo que tenía, creí que me iba a morir! La dueña de la casa se dio cuenta de mi angustia y me dio unos lienzos para que me los pusiera, les llamó “magnolias”. Me pareció un nombre muy poético para una cosa tan grotesca.

A medida que pasaban los días, la señora Rosa se volvía una persona entrañable, de toda mi confianza. Me sentía capaz de contarle hasta mis pensamientos íntimos.

—¿Y no estaban las muchachas del servicio en tu casa?

—No, pidieron permiso para irse temprano, creo que tenían una boda.

—¡Lástima que no me encontraste! Me fui a México. Nació el primogénito de Jacobo, el más chico de mis hijos. El niño y la mamá están bien, ¡gracias a Dios! —Dijo con complacencia.

—¿Por qué su esposo vive allá y usted no? —sin pensarlo la pregunta salió de mis labios, sólo hasta que la formulé en voz alta me dio pena y tapé mi boca.

—Curiosa—, me dijo sonriendo y añadió —Él tiene otra esposa, estamos divorciados desde hace quince años.

—Nosotros no nos podemos divorciar, se permite sólo la separación —comenté bajando la vista.

—En la religión judía, después de pedir el divorcio, se hace un estudio y después de ver si la situación es difícil y no hay oportunidad de una reconciliación, el fallo aprueba la posibilidad de rehacer cada quien su vida aparte —dijo frunciendo un poco los labios—. Con los judíos ortodoxos es diferente, el esposo puede pedir el divorcio y casarse de nuevo; las mujeres no, no pueden pedirlo, ni pueden contraer matrimonio de nuevo. No son ni solteras ni divorciadas, simplemente son repudiadas, y deben ir a vivir las pobres mujeres, con sus padres; sin ninguna esperanza de rehacer sus vidas. ¿Satisfecha?

“¡Qué suerte que no soy judía!”, pensé.

En ese momento oímos que alguien entraba por la puerta principal.

—¡Bobe! ¿Dónde estás?—. La voz de Simón interrumpió las confidencias.

—En la cocina—, contestó doña Rosa.

Era la primera vez que lo veía en casa de su abuelita.

—¿Qué haces aquí?— Me preguntó extrañado.

—Viene todos los viernes, horneamos pasteles y nos hacemos confidencias—. Contestó la señora.

Tomó un lugar junto a nosotras en la mesa de la cocina, sirvió en un plato un pedazo de pan y lo untó con mucha mermelada.

Luego se levantó y agarró un vaso, lo llenó con leche y se sentó frente a mí.

—¿Tus hermanos saben dónde estás? —Preguntó mirándome a los ojos—. Sus ojos se tornaron color miel, más amable que el negro que creí verle siempre.

—Mi mamá me da permiso, es ella a la que le tengo que dar cuentas—, dije, ceñuda.

—Sólo pregunto, no es para que te enojés—, contestó riendo, con esa semisonrisa que hacía cuando quería agradar. Abría la mitad de sus labios, la otra mitad la dejaba casi cerrada. Podía ser tan hechicera que yo perdía la compostura.

El propósito de que no me gustara Simón se hizo difícil, sus labios enmarcando sus dientes blancos y parejos resultaban deliciosos. Sin embargo, perdí la oportunidad de portarme atrayente al enfurecer tanto por haberme hablado de los odiosos de mis hermanos. Quedé en silencio. Al terminar con mi pan me despedí y fui a mi casa enfurruñada. Esa noche, otra vez, soñé con Simón.

Después de leer alguno de los cuentos de *Las Mil y Una Noches* mis deseos no se contentaban sólo con que Simón fuera mi amigo. Quería ser su novia-amante. No sabía con claridad en qué consistían las relaciones sexuales. Pero el apetito de sentirlo cerca, de besarlo, de oler su cuerpo; admirándolo, tocándolo y que me acariciara, era constante. Todo eso y más empezó a llenar mis horas de sueños y ensueños, los placeres de la carne, aunque prohibidos, me parecían muy atractivos. En las mañanas me sentía culpable de haberme permitido tenerlos. Prometía no concebirlos la noche siguiente, pero continuaba pensando en él. Ya no quería espiarlo, rezaba por poder verlo en casa de su abuelita. Esto no sucedía. Me volví, entonces, una chica arisca y malhumorada; nada me complacía.

## 7. EXISTENCIA REAL

Cumpliendo catorce años, importando poco mi conciencia, di rienda suelta a todos mis deseos; y mis horas de ocio las dediqué a pensar, y las noches a soñar con Simón. *Las Mil y una Noches* fueron muy ilustrativas. Lo mismo era Simón, el rey *Schahramán*; y yo, la reina *Flor de Granada*, princesa del mar, dónde el rey dedicaba su tiempo en hacerme feliz.

Yo era una esclava destinada a un gran visir, y al ser mirada por el rey *Schahramán*, éste se enamoraba perdidamente de mí. Deseó pagar a mi dueño más de seis mil dinares por mi persona, pero el mercader me ofreció en regalo al rey. En un principio no quise hablar y me consideraron muda. Al enamorarme de él, le dirigí la palabra, cayó de rodillas y ocultó su cabeza en mi regazo. Le conté que era una princesa del mar, y el rey era mi padre; un día, al reñir con mi familia, huí hacia la costa donde me raptaron unos traficantes de esclavos. Le pedí el favor de volver a casa para hacer las paces con mi padre y hermanos, mi amo ofreció acompañarme. Pasaron múltiples peripecias en las que mi esposo peleaba contra diferentes enemigos, pero al llegar la noche se armaban las tiendas de campaña, fabricadas con costosos tapices y el piso tapizado de alfombras persas. Éramos servidos por incontables sirvientes, comíamos dátiles secos, dulces amelados, cordero asado y muchas delicias más, todo esto rociado con vinos dulces y agua de azar. Después el rey me despojaba de los velos ligeros que cubrían mi cuerpo magníficamente formado y voluptuoso en mi imaginación; me amaba con un amor grande y completo. Con él perdía mi virginidad.

Lo mismo podía encarnar a *Ali Babá*, llenando mi cuerpo de alhajas y vestidos suntuosos, complaciendo todas mis exigencias. Por ello esperaba la noche con ansias desesperadas. Esa imaginería era suficiente en aquel tiempo.

El héroe en turno correspondía al libro que estaba leyendo. También al *Conde de Montecristo* le llegó su turno, y yo por consecuencia, encarné a su adorada Mercedes. Imaginaba a Simón siendo Edmundo Dantés, cuando yo le decía que el hijo al que todos conocían como heredero de Fernando Montego, era en realidad su hijo, que había concebido antes de haber sido enviado a prisión.

Mi vida no existía sino a través de las fantasías y quimeras de mis noches. Ya no importaba mucho que yo fuera una mujer con cuerpo de niña, y que no figurara para nada en la vida de Simón. Había solucionado con imaginación la obcecada espera por mi vecino.

Los fines de semana no quería ir con mis amigas al cine, no le pedía favores a Javier mi hermano; la única salida al mundo real era a casa de doña Rosa. Creía que cuanto más conviviera con la señora, algo de la religión judía se me podía pegar. También pensaba en decirle algún día a la señora Liberman que me quería convertir. Me gustaban sus costumbres exóticas y su forma tan amorosa con la que convivían con sus familiares y amigos. Aunque, por otro lado, sentía que me condenaría si renegaba de mi condición católica; pero de momento, no quería pensar mucho en eso.

Mis padres, que en un principio soportaban la proximidad de la familia de Simón, por ser nuestros vecinos, fueron creando una amistad entrañable. Mi mamá empezó a invitar a la señora a jugar

canasta con su grupo de amigas, y poco después papá influyó para que fuesen aceptados en nuestro club. Más tarde el papá de Simón ya formaba parte del equipo de tenis y del grupo de golf de papá. Sólo yo no me uní a este círculo. Yo no compaginaba con la vida divertida del grupo juvenil. Doña Rosa seguía siendo mi contacto, por ella me enteraba de sus fiestas y reuniones en común.

## 8. EN EL MARTILLO

Un sábado de octubre, a las cinco de la tarde, estaba en la biblioteca de mi casa cuando oí una gran algarabía en la entrada: puertas azotadas, gritos, carreras en las escaleras, se escuchaban zapatos de mujer acompañados con botas de hombres subiendo y bajando. No era frecuente ese escándalo en mi casa, pues las reuniones se hacían casi siempre en el hogar de Simón, que era más amplio que el nuestro; y con mucho más entretenimientos. Mis hermanos habían invitado a Simón y a sus hermanas, así como a otros compañeros del colegio. No supe qué mosca me picó, pero me apeteció acompañarlos. Había oído que irían a las Fiestas de Octubre en el Agua Azul. Los juegos mecánicos me fascinaban, la adrenalina subía a mi cabeza al pensar en “El martillo” y otros diferentes juegos de gran riesgo en ese tiempo. Me gustaba también comprar camotes de Puebla, que casi siempre había en la feria. En ese momento quise ir.

—Yo los acompaño, mamá. ¿Puedo ir?

—¡No, la flaca se queda! —dijo Fernando mi hermano—. No la llevamos ni de broma.

—¿A qué vas si nada te gusta? Todo el día estás metida en los libros—. Dijo mi mamá.

—Somos muchos y no cabemos en los coches, ya vamos a ir bastante apretados. ¡Que no vaya! El lugar está lleno de pelados, y yo no la cuidaré; tampoco Pedro. Y es tan mensa que sola se va a perder—. Dijo Fernando.

—Mejor te quedas—, aseveró Pedro como buen gemelo apoyando a su hermano que siempre llevaba la batuta.

Las hermanas de Simón, mis hermanos y demás amigos me miraron como a un parásito indeseable, o una insignificante hormiga negra parada en el mantel blanco del día de campo. En realidad miraron por arriba de mi cabeza, no repararon en mi persona.

Sin decir más nada, di media vuelta para entrar de nuevo a la biblioteca, no quería que vieran las lágrimas que sin querer empezaban a salir.

—Yo me hago cargo de ella, señora. —dijo Simón y dirigiéndose a mis hermanos:— no sean pesados, ocupa menos espacio que una pluma.

No me gustó la semejanza que hizo de mí Simón, pero agradecí su injerencia.

—Sí, está bien que vayas con ellos. Así te da el aire un rato—. Dijo entonces, mamá.

—Te esperamos, ve por un suéter que vamos a volver tarde. ¡Córrele!— Me dijo Simón, prestándome su pañuelo para limpiar las lágrimas.

Por primera vez sentí que me estaba viendo; no mi físico, sino dentro, muy dentro. Consideré favorable para mis intenciones esta caricia emocional, pues en ese momento me estaba haciendo mucha falta.



Llegamos al Agua Azul. Miles de tapatíos llenaban los jardines, el sonido de los gritos de los vendedores, niños berreando; y muchachos y muchachas vociferando y riendo, me aturdieron un poco. Hacía mucho tiempo que no convivía con tanta gente, sentí un poco de temor, así que me acomodé entre Simón y Pedro. Aunque estuviera en medio de ellos platicaban sin dirigirse a mí. No me importó, me entretenía mirando todo y aspirando los olores: churros, algodones de azúcar y demás fritangas que se vendían en el lugar. Se me antojó comprar una manzana cubierta de caramelo, le dije a Pedro que me esperara, me volteó a ver como si se le hubiera olvidado mi presencia. De todos modos esperó, mientras los demás se adelantaban para ir a donde se encontraban los juegos mecánicos.

La manzana estaba un poco pasada, pero el dulce que la cubría lo disimulaba: sabía deliciosa. La comparé con las exquisiteces que en mis sueños solía comer.

Pedro caminó rápido para alcanzar a los demás, yo quedé un poco rezagada porque no quería tirar mi manzana por las prisas. Sabía dónde encontrarlos si me perdía, disfrutaba de mi libertad, de no sentirme vigilada todo el tiempo. Pero, ¿por qué me invitó Simón si no quería estar conmigo? Acabé toda embarrada de melcocha roja, busqué entonces una llave de agua y me lavé las manos. ¡Camotes de Puebla! Los había olvidado, me acerqué al puesto dónde los vendían y compré tres cajas de diferentes sabores. Le quería regalar una a doña Rosa, nunca sabía qué le podría dar para agradecer su amabilidad; y recordé que le encantaba todo lo azucarado. Con toda seguridad le iban a gustar mucho. Los estaba acomodando en una bolsa de papel, cuando sentí que me jalaban de la manga.

—¿Dónde diablos te metiste? Le dije a tu mamá que yo te iba a cuidar, ¿qué cara pongo si te pasa algo?— Era Simón.

—Y ahora te apuras, tú fuiste el que me dejó atrás, me quedé a comprar algo y ustedes se encaminaron a los juegos. Si no me querías junto, ¿para qué me invitaste?

—No te enojas, lo que pasa es que me preocupé cuando no te vi con Pedro, el muy bobo ni se había fijado que no estabas.

—Sí, ya sé. Soy tan insignificante como una pluma que nadie se da cuenta cuando no estoy, y como no hago ruido al igual que todas las otras muchachas que les gustan a todos...

—Si vas a ponerte pesada no te invito al martillo, a nadie le gusta subirse, les da miedo. ¿Vamos? ¿Traes mi pañuelo?, tienes la cara sucia de dulce rojo—. Dijo al tiempo que me ayudaba con la bolsa de camotes.

—¿Qué compraste?

—Le llevo camotes a tu *bobe*. Las otras dos cajas son para mí. Si quieres cómete uno, están ricos.

Se me iluminó la cara, mi tarde estaba completa. Tenía los camotes, subiría al martillo y Simón me hacía caso.

La fila de espera no estaba muy larga, casi todos eran muchachos, unas cuantas parejas de novios. No gustaba mucho este juego, costaba más y era peligroso. En ese tiempo no se controlaba mucho la seguridad de los usuarios, el riesgo y sus consecuencias eran de cada uno. Mientras esperábamos nuestro turno, Simón preguntó cómo era que me llevaba tan bien con su abuela. Le conté del día en que Javier y yo nos comíamos los duraznos; y el tiradero de huesos que le hicimos en su jardín.

—Después me invitó a hacer pasteles. Al principio me daba miedo, pues cuando se enoja parece que te va a fulminar con la

mirada, pero estando de buen humor su mirada es cálida y amable. Me gusta estar con ella. A mi abuela Adela no le gusta hacer nada, sólo juega a la baraja y chismea con sus amigas. Cada vez que la visito critica mi vestimenta, mis piernas flacas o mi peinado. Nada, pero nada le agrada, como si yo tuviera la culpa de tener el pelo lacio y estar flaca. Bueno a mí tampoco me gusta estar delgada y preferiría peinarme como tus hermanas; tienen el pelo ensortijado, muy bonito. —No le dije que su pelo era precioso y que disfrutaría pasando mi mano por entre sus rizos.

Cuando nos amarraron, la cinta de cuero me quedó aguada. Las piernas de Simón ocupaban más espacio que las mías. “Espero no salirme”. Y me agarré con todas mis fuerzas del tubo con el que se afianza uno para tener un poco de seguridad. En la primera vuelta sentí que me saldría, Simón pasó su brazo por mis hombros.

—¡Agárrate con ganas, que te vas a salir!—, gritó Simón.

No quería acercarme mucho, se iba a dar cuenta de cuánto me gustaba, pero no tuve remedio sino obedecer. Olía diferente a mis hermanos, aunque el sudor de todo el día era fuerte, me pareció delicioso. Tenía algo más que recordar en mis ensueños y me hundí en su axila. No pensé si estaba o no en peligro de caer, nada importaba, me sentí en el paraíso. A hurtadillas miraba su cara. Ya se afeitaba. Aunque fuera de la misma edad que Fernando: dieciséis años, se le veía el mentón azulado. No me interesaba si me veía como a una escuincla flaca, yo tenía mis compensaciones al no ser tomada en cuenta; me podía acercar sin que se me tomara a mal. No siempre sería niña.

Cuando nos bajamos del martillo, mis hermanos y sus amigos nos estaban esperando. Querían ir a la Concha Acústica a bailar

y después oír un grupo nuevo de música rock “Los Spiders”. Se habían encontrado con más amigos, entre ellos y mis hermanos sumaban quince muchachos y muchachas.

—¿Qué hacemos con la flaca —dijo Fernando—, por eso no la quería traer, es un enfado. No la podemos meter en ese antro, es una mocosa.

—Me llamo Emilia, por si no lo sabes. No se apuren por mí, yo no bailo ni tomo; sólo oigo la música y si me da sueño me duermo en una silla.

—Nosotras nos tenemos que ir —dijo Ruth, la hermana más grande de Simón—. Andrés nos lleva en su coche, mañana tengo que entregar una tarea y no la he terminado.

Simón había puesto cara de fastidio antes de que su hermana dijera eso, pensó que me tendría que llevar por haberse hecho cargo de mí, delante de mi mamá. Miró a su hermana dándole las gracias con los ojos. Me di cuenta que en el grupo venía una muchacha muy guapa de pelo rubio, que con prontitud se acercó a él. Mi dicha se desvaneció, mi mundo se apagó en un segundo. A su lado formaban una pareja más acorde a diferencia de como yo lo hacía lucir. Ella tenía todo lo que a mí me faltaba.

La rubicunda muchacha se acercó a Simón con estudiada y fingida naturalidad, su pelo dorado cenizo bajaba hasta su espalda, agitaba la cabeza y como una cortina se movía todo parejo. Le pasó la mano y lo alisó con cuidado, separándolo de la cara. Tanto los ojos grises redondos como su cara le daban una apariencia vacuna. Toda ella era rolliza; no tanto, pero pronto sería mofletuda y gorda. Eso era lo que pasaba por mi cabeza. Sin embargo, en ese momento ella tenía todo lo que a mí me faltaba: curvas, pelo ondulado y mucha

coquetería. Se miraba bastante estúpida, y si no, ¡qué bruta!, por fingirlo. Pasé a ser invisible otra vez. Era la pluma que no hacía bulto ni ruido.

Andrés, el muchacho que manejaba el coche, quería quedar bien con Ruth. Le dijo que se sentara adelante con él. Miriam, la otra hermana, se sentó conmigo atrás.

—¿Por qué nunca vienes a mi casa cuando vienen tus hermanos? —me preguntó en voz baja.

—No le caigo nada bien a nadie, no quieren que esté con ellos porque soy muy aburrida o al menos eso dicen.

—A ti te gusta mi hermano, ¿verdad?

—Me lo encuentro algunas veces en casa de tu abuelita y, aunque sea yo insignificante para los demás, él me ve como persona, no como una hormiga molesta como mis hermanos piensan.

—Así son los hermanos—, me contestó.

—No, Simón es muy respetuoso y cariñoso con ustedes.

—Ahora, pero antes no—, aseveró Miriam.

Después de ese corto dialogo, se encerró en sus pensamientos hasta que llegamos a mi casa. Les di las gracias.

—Cuando vayas a casa de mi abuela, me avisas. Simón me cuenta que se la pasan muy bien—. Dijo Miriam, al despedirse.

Estaba loca si creía que iba a dejar que me quitara esos momentos de intimidad con su abuelita. Ella no la necesitaba como yo —me quedé pensando mientras repasaba el olor del pañuelo, el que no pensaba devolver.

Pensé subir a mi cuarto, pero me dio pereza. Me serví un vaso de agua y me fui a la biblioteca. No quería ver a nadie, ni tenía ganas de leer. Me senté en mi lugar favorito; ahí advertía quién

entraba, pero nadie reparaba en mi presencia, pues el sillón era pequeño y lo tapaba la cortina si lo ponía junto a la ventana.

Eran las siete de la noche, del sol apenas un rayo se colaba por la ventana que daba al poniente. Pensé en recorrer la cortina para estar en la oscuridad, pero la pereza me ganó. Miraba las vitrinas donde estaban acomodados los libros, como si fuera la primera vez que entraba ahí, saboreé el olor a madera y papel viejo, también se sentía el polvo acumulado. Vi con detenimiento las escaleras de madera provista de unas rueditas para llegar a los estantes más altos y un atril con un libro abierto. Los libros se maltratan si se quedan abiertos, eso lo sabía, pero en ese lugar se podían quedar sin sufrir ningún daño, eso no lo sabía, por lo que fui a indagar qué libro era y qué tan interesante podía ser la página donde lo dejaron abierto.

—¡Qué raro! —dije en voz baja, no se podía leer la Biblia sin la dirección de algún sacerdote, pues había el peligro de no saberla interpretar. Es más, creo que era pecado hacerlo. Pero si mi papá podía, yo también. Éramos a los únicos que nos gustaban los libros.

Era la historia de Judit. Después de leerla, como si el reloj se detuviera, miré la última exhalación que dejaba el sol; y entonces, yo fui Judit.

*“Holofernes, general de Nabucodonosor, venía asolando todos los pueblos que cruzaban a su paso, los judíos se llenaron de miedo, subieron a las cumbres más altas de las montañas, dieron voz de alerta a toda la región de Samaría, Cona, Sidón, Jericó y todos sus demás aliados, para tratar de que los ejércitos de Nabucodonosor no llegaran a Israel. Los sumos sacerdotes reunieron al pueblo judío en oración. Acababan de llegar del destierro, se habían reunificado, los*

*objetos del culto, el altar y el templo, habían sido bendecidos y purificados, sería una profanación que un ejército de gentiles penetrara en él, robando y destruyendo todo (...).*

*“Todos los israelitas, hombres, mujeres y niños se postraron ante Dios, humillándose, con la ceniza en la cabeza y rendidos en el suelo, pidiendo a su Señor que los salvara (...).*

*“Oyó Dios su clamor y miró su pena (...).”*

Yo era Judit, sentí en mi cuerpo la ropa de luto que ella llevaba desde la muerte de su esposo, vi que era hermosa aún con esa ropa de viuda. Vivía en una casa llena de comodidades, tenía criados que obedecían mis órdenes, la gente admiraba la prudencia y sabiduría con la que administraba varias fincas heredadas de mi esposo.

Hilando el algodón disfrutaba mirar los jardines que formaban parte de mi casa. Los naranjos llenos de azahares perfumaban el aire que llegaba hasta la terraza donde trabajaba por las tardes, el paisaje desértico fuera de mi casa contrastaba con este verdor que yo tenía dentro de mis paredes.

Era una mujer temerosa del Señor, Él me inspiró el plan para destruir al enemigo, los sabios del pueblo lo sabían por eso, al presentarme con los ancianos y generales del pueblo judío, me escucharon.

*—Escúchenme: Voy a hacer una cosa que se contará de generación en generación entre los descendientes de nuestro pueblo. Quédense esta noche a la puerta; yo saldré con mi criada y, antes que se cumpla el plazo que han fijado para entregar la ciudad a nuestros enemigos, el Señor se servirá de mí para liberar a Israel. Pero no traten de averiguar mis planes, porque no se los comunicaré hasta que se realicen.*

*Ozias y los jefes le dijeron:*

*—Vete en paz, y que el Señor te guíe (...).*

Me vi entonces cambiar mis vestidos sencillos por otros de seda y tules, en mis brazos pesaban las pulseras con piedras preciosas con las que me adorné antes de ir con mi sierva, al campamento del enemigo. El aire pasaba entre mis piernas haciendo que la tela, al pegarse, delineara mi figura destinada a seducir a Holofernes. La senda que conducía al campamento enemigo no era muy amplia, pero sí pedregosa, subía por unas casas abandonadas, pues todo el pueblo se había refugiado detrás de los muros de Israel. Una tapia derruida rodeaba un árbol seco, podría ser una higuera; lo que seguía era desértico y desolado. Pedí ayuda a mi Dios diciendo:

*“Que mi lengua seductora  
sirva para golpear al esclavo con su jefe  
y al jefe con su criado.  
Que mi mano de mujer quebrante su arrogancia (...).*

*Haz que todo tu pueblo  
y todas las tribus  
vean y reconozcan que tú eres Dios  
Dios omnipotente y dominador,  
y no hay fuera de ti  
ningún protector de la raza de Israel.”(...).*

*“Holofernes descansaba en su lecho que tenía una cubierta de púrpura y oro con piedras preciosas entreteljadas. Le anunciaron la llegada de Judit y salió a la entrada de la senda precedido de lámparas de plata. Cuando Judit llegó ante él y sus servidores quedaron cautivados por la belleza de su rostro. Ella se postró en tierra ante Holofernes.”(...).*



Holofernes tenía la cara de Simón, de pronto, no fui más la Judit hermosa y seductora, apareció la Emilia delgada y sin redondeces. Estaba sí, con Simón bajo las sábanas, haciendo sombras chinescas con una lámpara de aceite. No lo seduje con mi postura y mis palabras, ni lo embriagué, ni le corté la cabeza. Me desperté con la Biblia entre las manos, la nariz pegada a la manga donde el olor de Simón había quedado impregnado.

## 9. LA VIDA SUELE SER PERRA

Era tradicional en Guadalajara reunirse los viernes en los camellones de Lafayette a patinar. A mí no me duró mucho tiempo la patinada, la acabaron prohibiendo pues los mosaicos del piso se desprendían con facilidad. Pero la costumbre de las reuniones de jóvenes perseveró muchos años después. Muchachas y muchachos de entre catorce y dieciocho años se citaban en ese lugar, casi todos vivían en las colonias cercanas. Algunos realmente patinaban y otros pasaban la velada en la nevería Gema, que se encontraba en Lafayette y Lerdo de Tejada. Los *hot dogs* y las tortas eran especialmente sabrosas, las preparaban con una salsita de crema, chile chipotle, mostaza y no sé qué más ingredientes. La receta era secreta y famosa.

A mí me dieron permiso de ir hasta que cumplí catorce años, pero sólo a patinar con amigas; de ir a la nevería, ni hablar. No me importaba mucho, pues yendo con amigas no valía la pena entrar a la nevería, y lo que me gustaba en realidad era patinar. También se ponía música de moda. Nos la pasábamos muy bien.

Mis amigas sabían que me gustaba Simón y cada vez que se acercaba donde estábamos nosotras, empezaban a hacerme burla.

“Mírala, se está poniendo roja. Ándale, acércate, salúdalo”, y cosas por el estilo.

Simón, al mirarme, lo hacía extrañado. Después de la ida al Agua Azul dejé de hablarle, ya me había hartado que no me hiciera caso. De cualquier manera un hermano de Mariza Hernández, una compañera de mi clase, era mi pretendiente. Para qué llorar por lo imposible teniendo algo posible, aunque no tan apetitoso. Mario —así se llamaba— era casi de mi edad, él cumplía años en marzo y yo en noviembre del mismo año. Los dos éramos a cual más de flacos.

Las chicas dejaron de molestar cuando les dije que no las volvería invitar a mi casa de Chapala en vacaciones. Realmente no era de nosotros, sino de mis abuelos. Y a ellas les encantaba ir en las vacaciones de julio porque siempre estaba llena de los amigos de mis hermanos.

Un viernes me puse de acuerdo con Mariza y su hermano, para que se hiciera el encontradizo en la patinada, así mis hermanos no irían con el chisme con mamá, y pensé que podría encelar a Simón. Lo que hice fue el ridículo. Fernando empujó a Mario cuando me vio de su mano y el pobre cayó sentado en medio de los amigos de mis hermanos; haciendo esfuerzo por no llorar, se levantó y desapareció entre la gente. Yo quedé castigada sin ir a la patinada por dos semanas. ¡Qué vida tan perra! Nada me salía bien. Me encerré de nuevo en la biblioteca, nadie molestaría en ese lugar. Sentía que yo no pertenecía a este mundo, que no formaba parte de mi familia, no correspondía a ningún lado y no era parte de nada. Vivía en los libros, pero muchas veces me sentí muy, pero muy sola.

## 10. EL FIN DEL MUNDO

En el primero de secundaria tuve que estudiar a conciencia, principalmente química y física, las que no me gustaban nada, me costaba mucho trabajo, no entendía con facilidad las tareas y unas resultaban más difíciles que otras. Ahora mi tiempo lo dividía entre la biblioteca de mi casa y la biblioteca del colegio haciendo trabajos con las compañeras, mi tiempo de ensoñaciones llegó a cesar casi por completo.

Estábamos en 1960, el año en que las predicciones de Fátima se iban a ser efectivas. Una de ellas era la posibilidad de que se acabara el mundo. A principio del año, todos los católicos tratamos de hacer “más oración y llevar una vida sin pecado”. Para cumplir con esos preceptos me fui a confesar a San Francisquito, una pequeña capilla un poco más lejos que la Parroquia de la Paz, donde siempre íbamos a misa y los sacerdotes me conocían muy bien; no quería que supieran de mis fantasías. Estaba en la fila para llegar a confesarme, cuando oí que el padre le empezó a gritar a una de las mujeres penitentes, la pobre señora o señorita se levantó llorando y se salió de la iglesia. Dos o tres de las que esperaban su turno se cambiaron a otro confesionario, yo me levanté y me fui.

Esa noche soñé que caían rayos, miles de terremotos sacudían la tierra, el mundo empezaba a derrumbarse. Yo corría de una iglesia a otra, las colas para confesarse daban la vuelta a la cuadras, otras estaban cerradas, algunas estaban destruidas. Entonces me hincaba a media calle y me ponía con los brazos en cruz y empezaba a gritar mis pecados con voz en cuello. Como cada quien corría a diferentes lados, nadie me oía.

Desperté aterrada todavía con el estruendo en los oídos. El ruido que me sacó del sueño era de los barrenderos que pasaban diario a las cinco de la mañana, con sus botes de basura armando un ruido infernal. En ese tiempo Guadalajara no tenía barredoras para la ciudad y utilizaba a estos hombres que pasaban por las calles, dejando limpio antes que la ciudad se encaminara a trabajar.

Ya no pude conciliar el sueño, pero conforme pasaban las horas, el miedo se fue desvaneciendo. En los días siguientes, cuando me acordaba, prometía irme a confesar a la primera oportunidad. Pasado el tiempo, al ver que nada sucedía, mis costumbres volvieron a ser las mismas de antes. Entraba a los confesionarios antes de los Viernes Primeros, para comulgar al día siguiente en la misa del colegio. Las religiosas estaban muy al pendiente de las alumnas y yo convencida de que mis fantasías eran pecados veniales, pensé que no valía la pena hablarle de eso al confesor.

Le pregunté a doña Rosa si creía que el universo se acabaría pronto, y ella me convenció que el mundo no podía estar peor que en las Guerras Mundiales. A ella le había tocado la persecución a los judíos en Alemania, después en toda Europa y la división de los países europeos. Su familia había sufrido la invasión de Polonia en 1939, por los alemanes. Un día habló de las atrocidades que estos hicieron con su pueblo en los campos de concentración, y después de la guerra los crímenes cometidos por los rusos, quienes no se quedaron cortos en matanzas y brutalidades en contra de los polacos.

—Si eso no fue el fin del mundo, fue algo semejante—. Me dijo al último de la conversación y se quedó en silencio durante un buen rato.

Yo sabía que muchos de sus parientes no habían logrado escapar de esas atrocidades y los que sobrevivieron quedaron muy dañados de cuerpo y alma. Le pregunté entonces, cómo había llegado a México.

—En un barco carguero, uno de los Liberty. Era norteamericano, pero se llamaba Benito Juárez, su tripulación era mayormente mexicana. Con ellos aprendí el español. Tenía apenas quince años, era la más grande de mis cinco hermanas —hizo una pausa y continuó—. Fue un abril, celebramos La Pascua en el barco, el capitán nos dio permiso de disfrutarla. Pero en lugar de ser ocho días, como es en realidad, lo hicimos todo en uno. Mi papá hizo recuerdo de la salida de Moisés con los judíos de Egipto, el cual alegorizaba con nuestro propio viaje, al encuentro de una nueva Tierra Prometida.

Yo sabía esa historia, así que no pregunté más. Doña Rosa se quedó ensimismada en sus recuerdos, le di un beso y me fui a mi casa.

## 11. LA MUERTE DEL ABUELO

Un sábado en la tarde, después de pasar la mañana haciendo un trabajo de historia sobre la Revolución Francesa, que debería entregar la semana siguiente en el colegio, me sentía muy cansada y aburrida. No había sido difícil, pero sí muy extenso, por ello quedé con ganas de no hacer ni pensar en nada.

Me encontré una pelota de tenis y la empecé a aventar contra la pared, sin reparar en lo que hacía. Recité un juego bobo que jugaba en mi niñez:

*Juego simple, sin hablar, sin reír,  
sin moverme de mi lugar  
con una mano, con la otra,  
palmaditas.  
Media vuelta y vuelta entera.*

Según lo que cantaba era lo que hacía. No supe cuantas veces la recité. De pronto vi a papá llegar hasta donde yo estaba; era muy raro verlo en la casa a las cinco de la tarde en sábado, casi siempre estaba en el club jugando dominó con sus amigos.

—¿Dónde están tus hermanos? —me preguntó con una voz ronca y muy extraña.

—En la casa de Simón, ¿por qué?

—Tu abuelito Fernando murió hace unos minutos.

—¿Tu papá? —pregunté tontamente.

—Sí, acaba de morir. Háblales, por favor.

—Mamá, ¿está contigo?

—Se quedó con tu tía Elisa y tu abuela en el sanatorio. Yo vengo por mi chequera para pagar todos los gastos, arreglar todo para el entierro. Tu abuelita prefiere velarlo en su casa.

—Yo te acompaño después de avisarles a mis hermanos.

—No, prefiero que te cambies y se vayan después con el chofer a la casa de tus abuelos, yo voy a hacer unas llamadas. Háblale también a mi secretaria para que avise a todos los parientes y amigos, por favor.

Yo hubiera preferido acompañarlo, él me hacía a un lado como si fuera una extraña. Mi abuelito había chocado con un camión la semana pasada. Me dijeron que estaba mejor, que no había peligro

y lo vería el fin de semana. Pensaba ir el domingo, ahora no lo vería nunca. Me dejé caer en el suelo, sentí el cemento caliente, estábamos a mediados de febrero, no hacía calor pero el piso quemaba y yo tenía frío. Quería llorar, pero primero avisaría a mis hermanos. Marqué el teléfono, lo sabía de memoria, sólo que ésta era la primera vez que haría una llamada.

No volvería a abrazarlo, nadie me consolaría cuando estuviera triste; ni habría quien me sacara las castañas de la lumbre.

Él y mi hermano Javier fueron mis amigos cuando era niña. Mi abuelo me enseñó a subirme a los árboles, hacíamos campamentos de indios en el jardín, me dijo cómo atrapar mariposas sin lastimarlas, cazábamos tigres imaginarios en una jungla de sábanas colgadas para secarse, exploramos diferentes islas llenas de caníbales alrededor de los sillones de la terraza de su casa. Con él, nosotros poníamos las reglas a los juegos, las cambiábamos las veces que nos convenía, no se quejaba porque le ganábamos siempre. Él era el indio cuando había que amarrarlo, el muerto que más rápido caía. Fue el compañero incondicional. A mi papá le gustaban los libros, yo lo heredé de él; y éste del abuelo. Mi papá les compró la colección completa de los Corsarios, de Emilio Salgari, a mis hermanos, con la esperanza de que los estimulara a la lectura, pero no funcionó; la colección pasó a formar parte de mi biblioteca. El abuelo decía:

—Este señor Salgari no ha visto nunca un mapamundi, no tiene idea de la distancia que hay de un país a otro, ni dónde están ubicados en el globo terrestre.

—Abuelo, no es geógrafo, es escritor.

—Un escritor debe saber de lo que está escribiendo, si no su lectura resulta intrascendente.

—No hay nadie que sepa de todo —, le contesté.

—Que me dices de Julio Verne, sin salir de Francia en toda su vida, dio la vuelta al mundo, viajó por el espacio, al fondo del mar y al centro de la tierra. Supo hablar con voz de niño, de joven, de anciano idiótico como el Capitán Nemo; así como un joven rico que subió a un globo aerostático por todo el mundo.

En las discusiones yo siempre perdía. Él sí sabía de todo, y si de casualidad no, me daba una explicación clara de dónde encontrar la respuesta, pero esas veces fueron muy pocas.

Mamá convenció a papá de que no estaba bien que jugara como niño con él, pues era demasiado salvaje para una niña comportarse de esa manera, y que su influencia no me ayudaba nada. ¡Claro!, la culpa la tuvo el bobo de Javier, cuando un día dijo a la hora de la comida, queriendo presumirles a mis hermanos:

—¿Sabían que los pedos se pueden prender con un cerillo?

—No se habla de eso en la mesa —dijo mi mamá con sequedad—, no seas sucio.

—Mi abuelito Fernando nos enseñó a mí y a Emilia.

—¿No te lo había dicho? —apuntó mamá, y volteando a ver a papá —No quiero que esta niña sea un mamarracho, pues no le falta mucho para eso. ¡No más la compañía de tu abuelo para ti!—. Concluyó.

Yo me había enojado con él por dejarse influenciar por su esposa, y también me molesté con el abuelo por no luchar para poder seguir siendo mi compinche. Ahora no podría decirle que aunque no nos juntáramos como antes, lo seguía queriendo mucho. No sabía si me dolía más acordarme de todo lo que hicimos o tener que olvidarlo para que punzara menos fuerte mi corazón. Lastimaba mucho no tenerlo nunca más.



## 12. LA PRINCESA DE HIELO Y EL MAMARRACHO

Mamá y yo no nos llevábamos nada bien, ella era una señora, una dama en todo el sentido de la palabra, y yo... un mamarracho, me definía muy bien con esa palabra, y por oírla tantas veces en su boca, había perdido todo su significado. Prefería ser “eso” y no una escuincla sosa llena de moñitos y encajes, temerosa de ensuciarse o romperse al menor movimiento.

Ya no era tan salvaje como en ese entonces, mi pelo lo peinaba lacio con las puntas volteadas para arriba “de Gatito”, como se decía; y aunque seguía estando flaca, la moda había dado un giro de ciento ochenta grados, pues una modelo inglesa exageradamente flaca dictaba la nueva figura: Twiggy. Aunque a los hombres les continuaban gustando las mujeres voluminosas, ya no me sentía tan fuera de lugar.

Si hubiera podido acercarme de nuevo con mi abuelito, la necia de mi madre no hubiera puesto ninguna objeción, ya no era una niña influenciable. Mi abuelita, su esposa, era muy dulce y callada. No le gustaba tenerme alrededor, la ponía de nervios con mi brusquedad. ¡Lástima! Me gustaría ayudarla en recuerdo de mi abuelo, ¡ojalá se deje! Las lágrimas que escurrían por mi cara las limpié con mis manos heladas. Esto pensaba en el coche camino a la casa de los abuelos. En cambio mis hermanos, no dejaban de hablar haciendo sus conjeturas: que si había sido por culpa del motociclista que iba delante de mi abuelo y se le cerró; que si el chofer del camión frenó demasiado rápido; que si mi abuelo se había dejado morir porque no podría volver a caminar, pues el volante le presionó el